

Los vascos y la Resurrección

Alderdi, 274. zk., 1972-04.

Los vascos hemos heredado como los demás pueblos un sentido religioso: no había en el tiempo en que se fraguó esa herencia otra manera de enfrentarse al misterio de la Vida. Y no parece haberla hoy tampoco, porque este sentido primigenio de la inclinación religiosa del hombre no se está extinguiendo, sino acaso encauzándose a veces hacia otras entregas de carácter que parece de más de tejas abajo, como las ideologías, los nacionalismos bien entendidos y otras maneras de "morir por algo" que no se nutren sino de ese mismo sentido místico que empuja al hombre a la generosidad de entregarse a causas que considera nobles y justas (muchas veces lo son) y que conducen al Amor por caminos insospechados.

Por esto, esta "transferencia" del misterio de la Resurrección del Cristo a la de la Conciencia que engloba muchos valores, incluidos el político y el social, por supuesto, tiene algo más que un sentido estrictamente simbólico.

Los vascos hemos escogido el día de la Resurrección de Cristo como signo de que el Pueblo Vasco va a resucitar a la vida de la Libertad. Este fenómeno no es nuevo. Otros países cuya conciencia nacional se creía muerta han vuelto a la vida; ahí están Noruega (1906), Albania (1912), Finlandia (1917), Polonia (1918), Ucrania (1917), Estonia y Letonia (1918), Lituania (1919), Checoslovaquia (1919, 1920 y 1945), Irlanda (1921), Croacia (1941), Islandia (1944), Israel (1948), Chipre (1959) y Malta (1961).

Un negador puede argüir que algunos de estos países han muerto otra vez como Estados, y es verdad en el caso de Lituania y Letonia y Estonia, que murieron a manos de la dictadura soviética en 1940 y también desapareció Croacia en 1944; pero también es verdad que viven más de los que han desaparecido y seguramente no para siempre (ahí está de nuevo Croacia con su autonomía); por otra parte, han nacido más recientemente a la libertad otros países como es el caso de todos los nuevos Estados africanos, que son bastante numerosos, y algunos americanos como Jamaica (1962), Trinidad y Tobago (ambos en 1962) y Guyana y Barbados (los dos el año 1966).

Un negador sistemático podrá decir todavía que, sin embargo, Euzkadi es demasiado pequeño; pero resulta que hay en las Naciones Unidas, y con su voto y toda su barba, más de veinte países que tienen menos de los 2.500.000 de habitantes que está llegando a tener Euzkadi hoy. Tampoco, como se repite sobre todo el dictador español, tiene Euzkadi por ser libre que vivir aislado y condenado a la asfixia económica, porque tampoco sienten esta condena Luxemburgo ni Guyana, porque la independencia, sobre todo en Europa, no significa asilamiento, sino, al contrario, una nueva capacidad de cooperación en la libertad, con sus hombres y sin fronteras; sin ninguna.

Esto, es verdad, ha exigido siempre (por grandes y poderosos que hayan sido los pueblos que han conseguido la luz de la libertad, como la India por ejemplo) sus sacrificios para merecerla. A ningún pueblo ha reglado la cultura dominante su libertad;

este es un bien que el hombre ha tenido que ganarse dificultosamente. Es cierto que en los países civilizados lo han logrado con más palabras que sangre, y en el mundo de los regímenes que no consienten hablar a la razón, con más sangre que palabras; esta ecuación no la ha impuesto el hombre sojuzgado, ni el pueblo sometido, sino el seso o las tripas de la fuerza que domina, el tirano de turno.

Nosotros, los vascos, a los que nos han venido engañando de palabra y de hecho cien veces cien, a los que nos han forzado a la sumisión indecorosa o las guerras contra los que nos vienen torturando en la pesadilla que es esta vida, estamos por la agonía de muerte que precede a la Resurrección.

Hace ya tiempo que el enemigo hace el amago de creer, y lo dice que, el instinto de libertad del pueblo vasco está muerto, que falleció definitivamente en la última guerra (porque la más reciente es siempre última para el que la gana). La historia nos enseña que, como el Cristo, los pueblos tienen que morir muchas veces así, quedando mudos en la palabra, vendidos por sus propios Judas, agonizando en sus hijos cosidos contra una pared en los cementerios, rematados en las cunetas o asesinados en las carreteras y en los cercos de montaña; y los que no mueren tienen, como el Cristo, que vivir la humillación de los salivazos y las burlas de "loco" o "comunista" y las mil cruces del camino que conduce al fondo de la depresión que el enemigo cree que es el fin, la muerte definitiva, el sepulcro que se cierra con una puerta redonda y de piedra o un cerco prieto de tierra apelmazada a golpes de instinto perverso, necrofilico, de que se coman el cuerpo de barro los gusanos; y con el cuerpo también el alma, y para siempre: ¡amén! dicen ellos. Pero el milagro es que no termina la Vida en ese cuerpo que sufre y muere, sino que esa agonía es necesaria para que despierte el alma de todo un pueblo como por milagro; para que resucite. Eso sí, el precio es que para este mérito de revivir hay que pasar por la agonía y la muerte de no saberse uno mismo vivo en su palabra y en su alma, cuando le dicen con una lanza en la mano: "anda, prueba que eres Dios, descuélgate de esos clavos y baja de esa Cruz", o con una ametralladora en las manos: "anda, muévete, organiza un Día de Resurrección de tu Patria, demuestra que está viva". Este es el camino amargo: el sentirse uno hundido, perdido, muerto, y llegar a pensar que, como en el Cristo de la Cruz, está muerto el alma del pueblo.

Tenemos muchos Santo Tomases que no creen sino lo que "ven", y esos no ven, no pueden ver más que lo que tienen en las manos: muchas veces dinero.

Pero todo esto: la burla y la tortura, la traición y la falta de fe del que vive bien es necesario, indispensable, para que tenga sentido la Resurrección.

Los pueblos libres lo saben.

Pero aunque no lo quiera el enemigo, el pueblo vasco vive en lo que se refugia a veces el alma: en algunos vascos esta vida está ya en ellos quieta y mansa en la esperanza que no desfallece, en muchos elegidos está en la tortura misma de saberse agonizando en la desesperanza: hay también aquellos en los que ni siquiera sospechan que esa vida sea posible; pero no falta el héroe que responda por ellos con ese aliento vital inconfundible de quien carga con la conciencia de todo un pueblo, donde se esconde la semilla, la luz y el calor, todo lo necesario para hacer que el invierno sea primavera, que la luz se haga en las tinieblas, que despierte la vida en la muerte, porque el sacrificio del Hombre no tiene

fronteras ni le importan los pasadizos estrechos ni pueden detenerle los vacíos, aunque estos estrechos vacíos de luz y de vida de la historia duren años y años; a veces muchos.

Esta vida que viene no la quiere Euzkadi para enrostrársela a nadie, ni para cortar los caminos de ningún hombre y de ningún pueblo que le llegue con buena voluntad, sino, al revés, para abrazarnos los vascos en el respeto con todos los demás que nos respeten en lo que, mucho o poco, somos: un pueblo que quiere vivir, y, por eso, vivirá.

Aunque este camino a la Libertad lo haga el Tirano largo y sangriento.

Braulio Leiza [Martin Ugalde]